

EJERCITO INVENCIBLE

ORGANO DE LA 33 BRIGADA DE LA 3ª DIVISION

Madrid, 13 de Mayo de 1937

Número 1

Un saludo a los caídos

Para vosotros, valientes que no dudasteis derramar vuestra sangre generosa hasta su última gota, sean mis primeras palabras.

No temáis, valientes, no paséis ningún cuidado mientras uno sólo de nosotros aliene, mientras quede en pie uno solo de los españoles leales, mientras quede en España un hombre honrado siempre estará defendiendo el pabellón de la libertad y de la independencia patria que vosotros tremolasteis. Reposad tranquilos, seguiremos altaneros vuestro rumbo. Vuestro descanso no será turbado nunca por la planta del extranjero invasor ni del mal español que traidoramente un día malvendió a su madre España entregándola a la rapacidad del fascismo internacional. Vuestro ejemplo será nuestro mejor estímulo. No todos tienen la honra de morir por la independencia de su Patria. Vosotros ya cumplisteis con vuestros deberes; a nosotros nos corresponde ahora completar la obra iniciada por vosotros, coronándola con el triunfo más rotundo, para lo cual lucharemos incansablemente hasta conseguirlo. Al español se le mata, pero nunca se le vence. Nuestras almas indómitas se rebelan corajudas contra quien intenta humillarnos. Sobre vuestros restos sagrados juramos solemnemente cumplir con nuestros deberes de patriotas conscientes y de hombres libres vengando cumplidamente vuestras muertes.

Vuestro recuerdo nos acompañará a todas partes y nos ayudará a resistir serenamente las fatigas de la lucha y las inclemencias del tiempo; nuestro espíritu y nuestra moral no decaerán un instante y nuestra disciplina será cada vez más sólida para conseguir más rápidamente nuestro triunfo final.

Vuestro sacrificio no ha sido estéril, puesto que fué el aldabonazo que despertó nuestras conciencias llamándonos a la lucha y de la cual no nos apartaremos hasta dejar consumada la obra que vosotros emprendisteis.

Reposad tranquilos, camaradas caídos en el campo del honor; vuestros hermanos os vengarán.

EL COMISARIO DE LA BRIGADA

Arenga de Mayo

¡Adelante los bravos soldados,
las gestas erguidas y recio el desplante!
¡Adelante, serenos, templados!
¡Adelante los bravos soldados!
¡Adelante!

Adelante, los brazos nervudos
y rudos,
sosteniendo los recios fusiles,
los pasos viriles,
resonando con fuerza en la tierra
el paso que dice firmeza;
la gesta que dice nobleza
pensando en la guerra,
el aire marcial del guerrero
que marcha sereno a la lid.
¡Adelante el Ejército obrero
que heroico defiende Madrid!

¡Adelante, que es mayo, y la vida
parece más grata!
Lo dice la selva dormida
lo dice la plata
del río, lo canta la dulce sonata
del ave en la rama del pino,
la brisa y el trino
prendidas del valle al alcor.
¡Adelante, que es mayo, y la vida
parece una flor!

¡Adelante, adelante guerreros!
¡Soldados obreros!
Envueltos en cálido oro
del sol que engalana la tierra.
Que brote ese canto sonoro
el canto de guerra
que anima al cobarde
y aterra
a nuestro enemigo social.
¡Soldados, cantemos a coro
la «Internacional»!

FRANCISCO GARCIA DIEZ
Capitán de E. M.



La cultura física en el Ejército Popular

Ante todo y por encima de toda Cultura Física, no confundir la Cultura Física con el deporte.

La Cultura Física es la preparación del individuo y de todos los componentes del Ejército, uno por uno, brigada por brigada, división por división, que todos, absolutamente todos y cada uno particularmente, se prepare físicamente para realizar los mayores esfuerzos con el mínimo desgaste de energías.

¿Cómo conseguir esto? Con método, con disciplina, acomodando a los verdaderamente capacitados para ello para que ejecuten y hagan ejecutar a los demás ese método, cosa nada difícil de hacer existiendo como existe esta Federación Cultural Deportiva Obrera (R. C.), que constantemente trabaja en pro del mejoramiento de nuestra raza por medio de la Cultura Física.

Y decimos con método, y entiéndase por la palabra método, reglamento, bases o como quieran llamarlo, a una sola clase de Cultura Física, igual para todos, que conforme es la instrucción militar, salvo algunas pequeñas excepciones, es igual para todos, así también las clases de Cultura Física que dan todos esos profesores improvisados que han surgido en las brigadas y que con toda su buena voluntad están educando a los muchachos físicamente, procuren unificar su método, al que técnicos y médicos entendidos en esta materia elaboren, si es que no están ya elaborados.

Bien palpable está este caso de la Federación Cultural Deportiva Obrera (Región Centro) (F. C. D. O.), que tiene a su cargo la educación física de los alumnos de las escuelas de «Alerta». Método unificado por el cual sus profesores se guían, pues a la vez son ellos alumnos de ese mismo método, practicando, por tanto, la Cultura Física bajo la dirección de auténticos profesores de gimnasia y médicos, con nombradía en los anales deportivos y, por tanto, entendidos en la materia.

FEDERACIÓN CULTURAL
DEPORTIVA OBRERA R. C.
Secretariado de Propaganda

¡Todos unidos a las órdenes del Gobierno!

LA REPUBLICA ES INVENCIBLE

En todos los tiempos y en todos los países el traidor ha sido considerado en todo el orbe de la tierra como el ser más despreciado y repugnante.

España, al igual que las demás naciones, no ha podido librarse de esta calamidad a consecuencia de la cual padecemos hoy el mal enorme de ver invadida nuestra Patria por las hordas feroces del fascismo alemán e italiano, introducidas en la Península y enseñoreadas de nuestras Colonias y Posesiones, merced a la traición más vergonzosa y afrentosa llevada a cabo por unos mal llamados españoles, generales perjuros e incapaces, que acallaron su soberbia con treinta viles dineros y que hoy son los serviles esclavos de las inconfesables ambiciones de Hitler y Mussolini.

Nuestra guerra actual ya no es la guerra civil entre españoles de distintas ideologías que en un principio se inició. Hoy en día ya no se combate a Franco ni a Queipo de Llano por pretender introducir en nuestro país una política determinada; se lucha contra la descarada invasión extranjera de las Divisiones de «camisas negras» italianas, contra las legiones de boches de cabeza cuadrada. Hoy, al igual que a principios del siglo pasado, luchamos contra la introducción de un extranjerismo odioso. Luchamos contra la implantación en nuestra Patria de una tiranía oprobiosa, impuesta por la soberbia de unos neuróticos mentales que piensan y creen en su insensatez que se puede avasallar a un país libre, que se pueden anular unos sentimientos, que se pueden arrollar impunemente unos derechos legítimos e indiscutibles, como son los de gobernarnos nosotros mismos, por nuestros propios medios, y que se puede lograr la invasión de España como se obtuvo la de Abisinia; que se nos puede amedrentar con desplantes chulescos y ridículos de matón indecente y que hemos de consentir ver mancillada nuestra Patria perdiendo impunemente nuestra libertad e independencia.

Quienes tales creen no sólo son insensatos, sino que se están fabricando sus propias tumbas. En los campos españoles, en las ciudades y poblaciones de nuestra sufrida España, devastada por la codicia y pillaje de las turbas extranjeras, ayudadas por toda la hez podrida de la canallería internacional que constituye el Tercio extranjero, se están cavando sus propias fosas. El agro español, convertido en campo de lucha por nuestra indiscutible independencia, será la tumba del fascismo internacional. Será el Waterloo moderno en el que se derrumbe la soberbia alemana e italiana. En lo profundo de su sima se verterán las ambiciones fascistas, destrozándose en su precipitada caída, acabando definitivamente y para siempre con las ambiciones del fascismo internacional.

No podrá nada contener su caída, porque fatal e irremisiblemente han precipitado ellos mismos su derrumbamiento. Con el mismo ardor, con el mismo empuje que en nuestra gloriosa guerra de la Independencia lucharemos en la presente ocasión y en todas las que se presenten contra el invasor extranjero. Nadie podrá dominarnos. Nuestra idiosincrasia indómita, nuestro carácter guerrero, nuestras aptitudes todas se levantan impulsadas por la fuerza de la razón

y de la justicia contra el odioso extranjerismo invasor. Nadie podrá contenernos. Nos rebelamos en todo momento. Nada ni nadie podrá resistir nuestro empuje arrollador, y de nuestra Patria escarnecida desaparecerán para siempre los malditos teutones y los execrados «condontieri», sin que hayan podido lograr de su nefasto empeño más que dejar asoladas nuestras ciudades a su paso, pagando, en justo castigo a su osadía, con la vida y miles de huérfanos y de familias doloridas por las pérdidas de sus deudos y seres más queridos en sus patrias respectivas.

Para que nuestra liberación absoluta sea un hecho no falta nada más que un último esfuerzo, y todos, como españoles conscientes de nuestro sagrado deber y con el alma henchida de satisfacción por haber sabido cumplir con el nuestro, demostraremos una vez al mundo entero que España es invencible, y que los soldados de la 33 Brigada seremos siempre los mejores y más valientes.

Virtud

Los fanáticos, que en todas las generaciones los hubo, hicieron de Cristo una piltrafa, queriéndole hacer su Dios.

Caso maravilloso, persona extraordinaria fué Cristo en aquella época, dos mil años atrás, aproximadamente; inteligencia clarísima, que por ser extemporánea llevó impensadamente a oscuros cerebros la convicción de que Cristo era Dios. En aquellos tiempos y a tales hombres, alucinó su sabiduría, haciéndoles buscar en lo sobrenatural el origen de su existencia, que no otra cosa era que una creación magnífica de la Naturaleza. En el siglo XX, Cristo hubiera sido una revelación por su inteligencia tan sublime; pero nunca se le hubiera confundido, haciéndole pasar a la categoría intangible de los dioses.

Cristo fué eso: una maravilla, como filósofo; un buen hermano de la Humanidad, como hombre... y ningún indicio de que fuera Dios. Ser humano, perfectamente material, sin intervención divina de ninguna especie; ni tuvo su origen en una concepción mixtificada: parte humana, parte divina. Concepción completamente natural, lógica, porque las inalterables leyes de la naturaleza lo son, lo mismo para monstruos que para creaciones perfectas.

Eso fué Cristo: origen natural, existencia tan natural como su origen, aunque maravillosa, y muerte extraña, como extrañas son las consecuencias de sus palabras, de su enseñanza, que a través de los siglos se han adulterado, en combinación con las ambiciones humanas.

Cristo dió una pauta, un tratado de sociabilidad a la Humanidad. Dió una idea clara y perfecta de lo que es el bien y de lo que es el mal, así como la diferencia entre ambas acciones. A la práctica del bien en sus diversas formas le llamó virtud. ¡Ah! Si los que se llaman cristianos, se hubieran concretado a practicar la virtud... Pero, por desgracia, se han aprovechado de esta palabra para cometer, a su sombra, toda clase de crímenes. Han quitado toda su virtud a la Virtud, y como consecuencia de este precedente, hoy, esta palabra, provoca la hilaridad

en el que la oye, porque virtud, hasta hoy ha significado hipocresía, cinismo. La monja que, bajo la capa de virtuosa, escondía sus pasiones, que, como todo ser material, tenía; que alardeaba de castidad y era la misma lujuria en persona. El fraile predicaba la pobreza, poniendo como garantía su ejemplo, mientras consentía que en el fondo de la comunidad, en las arcas del convento, se amontonara el vil metal, representación convencional de las gotas de sudor que los obreros derramaban para ellos y para otros vagos de la misma clase. La mística mujer de título, que blasonaba de caritativa y virtuosa, limosneando con lo que robaba a los obreros, ayudada por la indignidad de un régimen. Todos estos parásitos de la Humanidad han tenido la culpa de que la sublime filosofía de Cristo no sea aprovechada en el mundo, tomándose a risa en cambio.

Sin embargo, la palabra virtud tiene un significado muy diferente al que se le ha dado. Es virtud la acción de un compañero que se desnuda para abrigar a un enfermo; es virtud quitarse el pan de la boca para darlo a otro más necesitado, y lo es la acción del combatiente cuando carga a sus espaldas un compañero herido, exponiendo con ello, muchas veces, su propia vida. Y es aún más sublime la del hombre que respeta a la mujer, que no trata de obtener la satisfacción sexual por la violencia, por el engaño; que ve en ella una compañera suya y no una esclava.

Ese es el significado de la palabra Virtud para los «rojos», significado que los blancos no han sabido practicar nunca.

ISMAEL MARTINEZ GIL

Un saludo como Jefe y como amigo...

En este primer número de nuestro periódico; que es nuestro porque le forjamos con nuestro pensamiento y nuestra voluntad en marcha, animándole para que nos anime, dándole vida para sentirnos latir en él, quiero poner un saludo cordial, lleno de afecto hondo y de emoción sincera. Un saludo, como jefe y como amigo, dirigido a los que conmigo luchan a mi lado y saben vivir integradas estas horas emocionadas de contenido histórico grandioso.

Como jefe, poniendo en él el respeto, el mutuo concepto de la disciplina, el recuerdo imperioso del deber, el recuerdo del sacrificio abnegado que nos hemos prometido en aras de nuestro ideal; como amigo, con la mano tendida, buscando otra mano para estrecharla: la mano del compañero, sin distinción de jerarquía, la mano amiga que, como la nuestra, se crispa en la garganta del fusil dándole vida contra la vida del enemigo.

Un saludo cordial a todos y un deseo ferviente de que este periódico que nace en horas turbias de humo de pólvora, en horas cruzadas de balas, sea ventana abierta al campo luminoso de nuestros pensamientos y ágora donde todos pongamos nuestra voz para enseñarnos unos a otros lo que sepamos, siempre con la inquietud de tener algo nuevo.

¡Camaradas todos de nuestra Brigada!
¡Salud!

ESTEBAN CABEZOS
Jefe de la 33 Brigada

Delegados políticos de Compañía

Es necesario, para que la labor a desarrollar por estos camaradas se lleve a efecto de la mejor manera posible, ya que la responsabilidad que les incumbe es muy grande, que, naturalmente, tengan la libertad de acción indispensable.

No se puede exigir a nadie responsabilidad por un trabajo que no ha realizado perfectamente si no se le ha dado, sin regateos de ninguna especie, la libertad correspondiente para poder ejercer dicha labor.

Hoy en día nos encontramos con que nuestro Ejército popular adolece todavía de muchos defectos, la mayor parte de ellos debido no sólo a la falta de medios y de personal idóneo y perfectamente capacitado, sino también por una serie de prejuicios derivados de la fenecida organización burguesa y antipopular del Ejército anterior.

Muchos de nuestros jefes y oficiales proceden del execrado Ejército, pero sus aptitudes, su capacidad, su liberalismo, su exacta visión de la verdadera función a realizar por el Ejército, conscientes en todo momento del cumplimiento de su deber, se pusieron inmediata e incondicionalmente al lado del Gobierno legítimo de la República, luchando por la libertad y los derechos más elementales del hombre en los campos de batalla.

Otros de ellos alcanzaron estos puestos por su bravura, por sus condiciones bélicas, por su innato espíritu militar, al igual que tantos otros Viriato, Mina, etc., de que nos habla la Historia; pero todos ellos hubieron de notar la falta de una autoridad política que controlase perfectamente las diversas ideas y las uniese de la manera más acertada para que todos los esfuerzos diesen el mayor rendimiento posible y conseguir con ellos de la manera más rápida el fruto por todos deseado, el triunfo rotundo sobre el capitalismo burgués, el clericalismo profanador de conciencias y el militarismo perjurio que intenta ahogar en sangre las legítimas e indiscutibles reivindicaciones del pueblo laborioso y trabajador, conseguidas merced a costosos esfuerzos y constantes sacrificios a través de largos años de pacientes sufrimientos y penalidades.

Este vacío lo vino a llenar el comisario político, nombrado primeramente por las diversas organizaciones políticas y sindicales adictas al Gobierno. Este compañero comisario no fué un luchador más, sino que constantemente fué el más eficaz colaborador de los mandos. Gracias a su incansable actividad, a su conocimiento de los problemas sociales se fueron obviando paulatinamente todas las dificultades, se orillaron muchos inconvenientes y se resolvieron multitud de problemas que impedían la buena marcha del entonces naciente Ejército popular.

Fué necesario entonces encauzar de una manera correcta y legal estas actividades de los comisarios del pueblo en el Ejército, por lo que se creó el Cuerpo del Comisariado General de Guerra, y al organizarse más tarde el nuevo y floreciente Ejército en divisiones y brigadas se designaron los correspondientes comisarios que trazasen las normas de trabajo a seguir por las mismas para que el dinamismo que había adquirido el encauzamiento de las milicias populares y columnas fuese cada vez en mayor aumento y se llevase lo más rápidamente posible a efecto

la mejor y más perfecta organización del Ejército popular.

Y aquí nos encontramos con que los comisarios de brigada necesitan de eficaces colaboradores dentro de las diferentes secciones de su unidad; que para llevar a cabo su labor y mientras son nombrados por el Comisariado general tienen que buscarlos dentro de los batallones y compañías, y eligen a tal efecto a camaradas que están prestando un servicio de armas u otro cualquiera; camaradas éstos que, invadidos—como muchos otros—de un gran deseo de ser útiles a la causa, no dudan un momento en cargar sobre sí la enorme tarea de instruir a sus compañeros analfabetos, de llevar a sus conciencias el peso de la responsabilidad política y militar que a todos los españoles antifascistas en estos momentos nos corresponde de animarles constantemente, elevándoles la moral, laborando por conseguir una disciplina férrea, pero consciente; de establecer una estrecha e íntima compenetración entre la tropa y los mandos, dando a éstos la indispensable autoridad que debe tener y ejerciendo al mismo tiempo una saludable depuración, tanto de los mandos como de los cuadros, extirpando de entre los mismos a los irresponsables y a los provocadores, aceptando voluntariamente, sin más estímulo que la satisfacción que produce el deber cumplido, la grave responsabilidad que trae anejada el cargo de comisario.

Estos camaradas que tan afanosamente luchan en pro de la causa merecen, cuando menos, la indispensable autoridad y libertad que debe concedérseles para poder realizar sus eficaces tareas. Pero nos encontramos muchas veces que tropezamos todavía con la incompreensión de algunos jefes de unidad—debida a absurdos prejuicios de clase, hoy en día totalmente abolidos—que se niegan a facilitar este derecho innegable del comisario de batallón o delegado de compañía, basados en que en la nómina no figuran más que como soldados y carecen, además, del correspondiente nombramiento para el cargo firmado por el ministro de la Guerra, obligándoles a permanecer de centinelas en los parapetos y a hacer el mismo servicio que los demás soldados, y están en un error manifiesto.

Hemos visto prácticamente que cuando un teniente, y a veces un sargento, se ha hecho cargo del mando de una compañía, a pesar de no ser capitán, de figurar en la nómina como tal teniente, de no percibir más salarios que los de este empleo, se le ha considerado por todos como si fuese capitán efectivamente, y se han obedecido y acatado sus órdenes o indicaciones sin discusión de ninguna especie. Y si esta conducta se ha seguido en este caso, ¿por qué razón, acaso, no se ha de hacer lo propio en el otro? ¿Qué motivos o causas pueden existir para no proceder de idéntica manera? Ninguno, y por lo mismo creemos sinceramente que los delegados de compañía, aunque no tengan la serie de requisitos que algunos exigentes reclaman—quizá sólo por el hecho de evitar ser fiscalizados—deben ser tratados con toda consideración, viendo en ellos única y exclusivamente la mejor ayuda y el más decidido apoyo del mando para la consecución de nuestra rotunda e indiscutible victoria final.

POR LA DEFENSA DE NUESTRA ECONOMIA AGRICOLA

La tierra, para el que la trabaja. He aquí cómo el Gobierno del Frente Popular, el Gobierno de la Victoria, ha realizado una de las más sentidas aspiraciones del campesinado español, poniendo en vigor el postulado más fundamental de la revolución democrática. La tierra, para el que la trabaja; para el que sabe arrancarle sus tesoros; para el que la riega con el sudor de su frente, y la siembra con el dolor de su cuerpo curvado, y la cuida y la mimó con celo materno; la tierra, para el que rie con ella cuando las mieses son pródigas y reflejan su oro al sol del estío, y siente como en su propia carne la furia devastadora del pedrisco y el vendaval.

Pero he aquí que la guerra, esta guerra cruenta, salvaje, que nos hacen los enemigos del campesino, del proletariado y de todos los hombres libres, nos impone sacrificios que habremos de afrontar sin desmayos, si queremos conseguir que, una vez derrotadas las bandas sanguinarias, nuestra economía salga lo menos quebrantada posible del colapso que ahora padece. Tarea inmediata a realizar es la de atender al agro; que nuestros campos vírgenes de la mancha infamante de la pezuña fascista saluden la aurora de cada día con el canto optimista de las sementeras ubérrimas; que el arado hienda la tierra hasta que brote la preciosa sangre por la cual el hombre se purifica y ennoblece; que nuestros trigales, las vegas, los viñedos, los olivares, el campo todo, germinen la espléndida cosecha que nos redimirá del hambre y de los sometimientos onerosos.

Para esto es indispensable que todos trabajemos. Ahora, mientras el cañón destruye y la ametralladora respuntea su labor homicida, y después, cuando la paz haya sido impuesta por el arrojo y heroísmo de las armas del pueblo. Trabajar siempre. Pero en estos momentos, con denuedo, sin fatiga. La tierra es para el que la trabaja; pero en los instantes que vivimos, todos debemos ayudar a los campesinos a cultivar su propiedad, que al fin es de todos, si ellos lo necesitan.

Soldados del Ejército popular, obreros de retaguardia, combatientes todos, españoles antifascistas todos: vamos, si es preciso, a ayudar a los campesinos a labrar nuestra tierra, a recoger sus frutos. Cambiaremos el fusil por el arado en los momentos que aquél no sea preciso en la trinchera. Dejaremos por un rato el taller, la fábrica, la oficina para barbechar los campos abandonados. Estableceremos la emulación en el trabajo, de la misma manera que hemos establecido la emulación de los actos heroicos en los frentes de la guerra. Vamos a crear brigadas «stajanovistas» que, en el estruendo del combate, salven de la ruina los fundamentos de nuestra economía.

Ni un palmo de terreno sin cultivar, se ha dicho como consigna. Bien. Pero ayúdenos todos a los campesinos. La tierra, para ellos; mas, en estos momentos, el trabajo de la tierra, para todos. La mujer puede ser muy útil en esta tarea. ¿Qué hace la mujer en retaguardia? Formemos las brigadas de choque para ayudar a los campesinos a salvar nuestra riqueza agrícola. Será una de las mejores batallas que habremos ganado al fascismo.

JOSÉ MEJIA

Valores de nuestro Ejército

El Jefe de Estado Mayor de la Tercera División

Cecilio Arregui, obrero de la construcción, de oficio cantero, es hoy el jefe de Estado Mayor de la 3.ª División.

El cariño hacia los explotados, clase a la que él pertenecía, le llevó a formar parte del Comité revolucionario de la Juventud Socialista.



lista de Bilbao en octubre del año 1934; lo que le obligó a huir a Barcelona y después a Madrid, en donde ha vivido con nombre supuesto.

A los seis meses de estancia en Madrid fué elegido secretario de la Sociedad de Obreros de Piedra y Mármol, en cuyo cargo y en el de secretario general del Comité Provincial de la Juventud Socialista Unificada de Madrid, elegido en el Congreso de Unificación de las Juventudes Socialistas y Comunistas, le sorprendió el movimiento.

Organizó con sus compañeros de Comité de la J. S. U. la recluta de milicianos, logrando formar cinco batallones con jóvenes campesinos de la provincia de Madrid, conocidos con el nombre de «Juventud Campesina».

Debido a sus conocimientos y entusiasmo por la causa social y revolucionaria fué designado por su Sindicato en el mes de abril de 1936 delegado a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas con motivo de las fiestas de primero de mayo, obteniendo aquella elevación de conocimientos que hoy hacen que los combatientes vean en él a un buen jefe y dirigente.

Al frente de los milicianos reclutados por el Comité Provincial de la J. S. U. y bajo su dirección, marchó a Guadarrama, poniendo, al frente de sus milicianos, los primeros jalones de la victoria y desde donde siguió dirigiendo, a pesar de su trabajo y debido a su entusiasmo por la causa juvenil, el mencionado Comité Provincial de Juventudes.

A la vista de las cualidades que adornaban a este excelente combatiente, el 5.º Re-

gimiento le nombró responsable de las fuerzas del mismo en el sector Navacerrada-Peñagüeros-Valdemorillo en la Comandancia de Guadarrama.

En vista de las buenas condiciones que reunía para hacer de sus milicianos soldados, con ese espíritu de patriotismo tan necesario en estos momentos en que nuestra Patria se halla tan gravemente amenazada, y a sus conocimientos militares, fué nombrado jefe de organización del Estado Mayor del sector, por su jefe, el hoy coronel Moriones.

Al ordenarse la nueva estructuración del Ejército fué nombrado, por el teniente coronel Fernández Heredia, jefe de su Estado Mayor de la 3.ª División.

En todo momento, y durante los trances difíciles pasados en la Sierra, supo con su ejemplo arrastrar a los demás al combate; permaneció en los puestos de peligro y responsabilidad y con su acierto e inteligencia salvó situaciones comprometidas.

De hombres del valor del camarada Arregui está lleno el Ejército popular, pero pocos habrá que sepan captarse la confianza del combatiente como él y salir airoso en la dura empresa de organizar sin excesivos medios para ello una División que comprende quizás más extensión que ninguna otra.

Por las características de su profesión ha sabido ir formando y descubriendo nuevos e ignorados valores que han salido de la cantera inagotable de héroes que es la Sierra.

A tu lado, camarada Arregui, estamos seguros de conseguir prontamente nuestra indiscutible victoria, y por ello los combatientes de la Brigada 33 te prometen firmemente combatir con el ardor, el coraje y el espíritu de sacrificio que sean necesarios.



El Jefe de la Tercera División

El 10 de marzo de 1893 nació en Manila (Filipinas) don Enrique Fernández Heredia Gaztañaga.

A los dieciséis años ingresó como alumno en la Academia de Artillería, siendo promovido al grado de teniente cinco años más tarde.

Solicitó marchar como voluntario al Regimiento de Montaña de Melilla, donde permaneció durante dos años, tomando parte en todas las operaciones que por aquel entonces hubo, y al ser ascendido a capitán marchó a Larache, el año 17, en cuya base permaneció hasta septiembre de 1919, en que pasó como alumno a la Escuela Superior de Guerra y de la que salió diplomado en marzo de 1925.

Fué depuesto de su cargo por la Dictadura en septiembre de 1926, quedando suspendido de empleo y sueldo hasta diciembre del mismo año en que hubo de ser repuesto.

Nuevamente el 19 de febrero de 1929 fué depuesto por el dictador, y hasta el año siguiente no se le repuso, pero dejándole en situación de excedente forzoso. Durante este tiempo prestó servicios de ingeniero en la Compañía de Ferrocarriles M. C. O. V., efect-

tuando un viaje particular de estudios por Francia, Bélgica, Alemania y Austria durante 1932.

A su regreso de dicho viaje fué designado por el Gobierno de la República como jefe de la misión militar española en Bolivia durante la guerra del Chaco, permaneciendo en aquellas tierras un año.

Al estallar la criminal sublevación fascista se encontraba el teniente coronel Fernández Heredia en Inglaterra disfrutando su permiso estival, y tan pronto tuvo conocimiento del hecho se presentó aquel mismo día en la Embajada española, solicitando se le extendiera el oportuno pasaporte para ponerse inmediata e incondicionalmente al lado del legítimo Gobierno de la República, como buen español y patriota, lo que efectuó trasladándose a Madrid en avión.

En el mes de agosto se incorporó a las fuerzas leales que actuaban en el sector de Guadarrama, siendo designado jefe de Estado Mayor de las mismas hasta que, en primero de año, al verificarse la reorganización del Ejército, hubo de trasladarse a El Escorial para hacerse cargo del mando de la 3.ª División del primer Ejército del Centro.

Anteriormente ha desempeñado cargos de responsabilidad en la Fábrica de Productos



Químicos; ha asistido a cuatro cursos de acroestación, efectuando más de 100 vuelos, levantando el plano del Campo de Tiro y Maniobras de Carabanchel, e hizo prácticas de conducción de máquinas ferroviarias.

Ha colaborado en diversas revistas militares y ha publicado en el año 1935 un libro titulado «Un año de misión en Bolivia», como consecuencia y resumen de las experiencias adquiridas durante su estancia en la capital sudamericana a que antes aludíamos.

Posee, entre otras cualidades, la virtud de inspirar optimismo y confianza a todos cuantos le rodean, y es, principalmente, uno de los mejores forjadores del próximo e indiscutible triunfo del Ejército popular sobre las legiones extranjeras de Hitler y Mussolini.

¡Salud, teniente coronel Heredia! La Brigada 33 te promete formalmente luchar con el valor y heroísmo necesarios, ayudados por tu talento, hasta aplastar al fascismo invasor y lograr para la República la más brillante de las victorias.

El Comisario de la Tercera División

Honra al Cuerpo de Comisarios de Guerra el camarada José Conesa. Salido de las clases populares, hijo reto del Pueblo, madrileño cien por cien, con un sabor de casticismo puro como salido de la simpática barriada del Puente de Segovia, el camarada Conesa, respondiendo a sus deseos y a sus anhelos de artista, busca lo bello y lo hermoso; la organización burguesa de la vida española no colma sus ilusiones; suspira por una Patria nueva, por una España grande, por una tierra feliz, próspera, libre, y para ello, desde muy joven se rebela contra la tiranía capitalista; trabaja incansablemente por conseguirlo, tanto en los períodos favorables como en la clandestinidad; su juventud le impulsa a la palestra y, reconociendo que la unidad de los trabajadores honrados es la condición inexcusable para obtener el triunfo suspirado, es el trabajador más incansable de la misma y sus esfuerzos se ven coronados por el éxito al ser la sección juvenil a que pertenece una de las primeras que la realizan.

Pasa por distintos cargos de responsabi-

ñando distintos cargos de responsabilidad mayor cada vez, y así vemos que después de actuar de comisario de Brigada en uno de los frentes de Madrid, pasa a ocupar el difícil puesto de comisario de la 3.ª División del primer Cuerpo de Ejército.

Gracias a su trabajo eficiente y a su incansable dinamismo se ha organizado el «Hogar del soldado», modelo de instituciones en su género y en el cual los jóvenes combatientes no sólo encuentran el ambiente propicio que satisface y facilita sus deseos de bienestar y reposo, sino que, serenando su espíritu, le proporciona los medios instructivos y educativos para formar su conciencia política y militar, y crear el Ejército potente y fuerte, física y moralmente, que logre para la Patria la más brillante de las victorias.

El ejemplo del camarada Conesa debe servirnos a todos de estímulo para superarnos lo más posible en nuestro trabajo y dar el máximo de rendimiento en beneficio de la causa antifascista, demostrando lo que vale la voluntad de vencer de los jóvenes combatientes.



Cuidad las caretas antigás

Nuestra guerra ha entrado en una fase de agudizamiento tal, que ya se hace imprescindible la preparación e instrucción de los más modernísimos procedimientos guerreros.

Por esta causa hemos tenido que proveernos de caretas antigás, en previsión de que llegásemos a desembocar en una guerra química, pues, a pesar de las terribles y fatales consecuencias que podría acarrear para la inmensa población civil, no podemos desdeñar la posibilidad de que el imperialismo rapaz que invade nuestro suelo patrio, llegue en su furia insensata a utilizar este monstruoso instrumento mortífero que anegaría campos, pueblos y ciudades de espanto y de muerte con tal de llevar adelante sus planes y ambiciones de conquista y de invasión.

Así, pues, camaradas, se impone que cuidéis, como a las niñas de vuestros ojos, la careta antigás que se os ha entregado, procurando no tenerla en sitio que pueda deteriorarse y procurando no rozar absolutamente nada el interior de la mascarilla, como asimismo los cristales inastillables, que, en caso de empañarse, deberán ser limpiados con papel de seda o papel de fumar, pero nunca con la mano.

Todas estas instrucciones que para el buen uso de la careta antigás nos dan constantemente es preciso que todos los camaradas comprendan su gran importancia, asimilándola, tomándola con cariño y entusiasmo hasta capacitarse totalmente, pues ello supone no solamente salvar nuestra propia vida en caso de peligro, sino que nos ha de facilitar un triunfo aplastante sobre el fascismo sangriento si estamos bien preparados y dispuestos para contratacarlo, aniquilándolo en una batalla con la atmósfera gaseada.

SILVIO BERRENDERO,
Delegado Político de la Segunda Compañía
Segundo Batallón: Condés - Valdemorillo

La moral de nuestro Ejército

Ahora que nace el Ejército del Pueblo, disolviéndose en él las antiguas unidades de milicias, y acatando así una norma de conducta regular, un carácter y una disciplina, conviene puntualizar algunos aspectos relacionados con aquella norma y este carácter, en la seguridad de que cuanto se haga en este sentido será contribuir a la conformación psicológica y moral de nuestros jóvenes soldados.

En primer lugar se debe convencer al nuevo militar de que si bien la disciplina ha de ser rigurosa, tal rigurosidad es igual para todos, desde él al jefe supremo del Ejército, de manera que en su dignidad íntima no se considere menospreciado, sino, por el contrario, responsabilizado ante los demás en la misma medida que sus superiores jerárquicos. De esta convicción brotarán saludables reflexiones en la conciencia del soldado, que harán de él un miembro consciente, recto y disciplinado.

En el antiguo Ejército, los soldados «andaban muy derechos» en el cuartel, a la vista de sus jefes, autoritarios y despóticos. La reacción natural contra semejante rigidez arbitraria eran el odio, no sólo a los jefes, sino al Ejército, y la indisciplina y el desorden cundían en cuanto no estaban al alcance de sus pretores.

En nuestro Ejército las cosas deben ocurrir de modo bien distinto. El soldado es un ciudadano libre y responsable, que acata una disciplina, igual para todos, en el cuartel. Fuera de éste, en la calle, en todos los momentos de su vida particular, el soldado no sólo seguirá siendo un ciudadano, sino que debe estar investido de la alta autoridad y respeto que presupone ser soldado del Pueblo.

Este sentido de responsabilidad lo hemos podido advertir en la mayoría de nuestros primeros milicianos, cuando la confusión de los primeros momentos de lucha exigía que cada antifascista velara por el orden en la calle. El soldado de nuestro Ejército ha de ser garantía de orden y justicia para el resto de los ciudadanos. En el caso concreto de nuestra guerra, un soldado del pueblo dará ejemplo de hidalguía y corrección en las ciudades de retaguardia donde se aloje.

Cuando las mesnadas facciosas irrumpen en poblaciones civiles, el terror y la inmoralidad campean por doquiera. Sus habitantes huyen; abandonan hogar y medios de vida antes que someterse al vandalismo de los mercenarios. Pero no proceden así estas tropas por la única razón de que sus desalmados jefes les concedan derecho al pillaje. También lo hacen por hábito, por espíritu de rapiña, porque la bestial educación cuartelera ha extinguido en su corazón todo latido generoso y humano.

Nuestro Ejército es, en cambio, un Ejército de protección, de amparo, de paz, para los habitantes de las ciudades que ocupa. Allí donde haya un soldado nuestro el orden está asegurado; la propiedad, respetada; el honor, defendido. El soldado del pueblo hará siempre honor al espíritu justiciero de su clase. Por eso nuestro Ejército ha de ser, a la vez que libertador, yunque donde se forje la nueva moral ciudadana.

EMETERIO VESPERINA
Delegado Político de Sanidad



lidad política, entre otros el de dirigir el trabajo de agitación y propaganda en la dirección unificada, y merced a sus esfuerzos secundos gran cantidad de camaradas ingresan en la organización juvenil, en la cual reciben la oportuna educación que les permite elevar su nivel cultural grandemente, tanto en el aspecto político como en el intelectual.

Marcha, como uno más, a combatir al fascismo con las armas en la mano al estallar la sublevación, hasta que, reclamado por la organización, regresa a la capital, de la que poco después vuelve a marchar, a primeros de octubre, para actuar en el frente de Guadarrama, en el cual organiza a la juventud que carecía de control y orientaciones políticas.

Es designado comisario de uno de los batallones que pelean en la Sierra.

Y el prestigio adquirido por sus campañas en pro de la juventud aumenta en progresión creciente y le obliga a ir desempe-



PRIMERO DE MAYO

LAS DOS GIRAS

Ya estamos cerca del sol de mayo. Vienen a nosotros imágenes limpias de días de colorín y fiesta. ¡Aquél nuestro primero de mayo!

Cuando niños ya le gozamos pleno, con su sol y sus canciones de alegría bullanguera.

Por la mañana íbamos con el padre a formar en la gran formación obrera, bajo el rojo encendido de sol de la bandera nuestra, sólo nuestra, que habíamos forjado con el esfuerzo de los días agrios, amasando ansias, fundiendo anhelos.

Bajo la bandera íbamos todos. Durante el año andábamos diseminados en el hormigueo de la ciudad, cada uno en su faena, en su obra, en su taller, en su barrio, en su hogar. Aquel día, por unas horas, la gran familia obrera se fundía en un bloque largo para elevar junta su clamor justo de afán de reivindicación.

La gente de orden—entre ella la de Orden público—ponía aquel día la cara torva. Por varios conceptos. La formación obrera interrumpía las vías principales; los automóviles no podían circular, porque sus conductores holgaban; luego, después, los cafés no abrían sus puertas ofreciendo los divanes donde se sentaba el ocio el resto de los días del año. Se paralizaba la vida de la ciudad... Esto era muy molesto para la gente de orden. Claro es que lo que a la gente de orden le preocupaba no era esa molestia de un día, era la demostración que la clase obrera le hacía de que la vida de la ciudad dependía de aquellas banderas rojas, brillantes de sol y de caricias de ojos; porque la gente de orden sabía que bajo aquellas banderas desfilaban los únicos que movían la gran máquina de la producción.

Además, era también un poco molesto renunciar a la ganancia de aquel día. Estas cosas siempre preocupan a la gente de orden, que son el banquero, el patrono, el hacendado, el rentista, el señorito, todos los que no trabajan y necesitan que trabajen para ellos, no para vivir igual que los demás, sino para vivir mejor que los demás.

Y como la gente de orden agrupaba junto a sí la fuerza: policía, guardias, militares, un día decidió prohibir el desfile de banderas rojas, y lo prohibió. Por algo el que tiene la fuerza domina a los demás.

Hay muchos que no han conocido el desfile del primero de mayo. Eran demasiado niños. Sólo recuerdan la jira. Por la mañana se inundaban los caminos del campo: la Dehesa de la Villa, Puerta de Hierro, la Casa de Campo, El Pardo... ¡Lugares evocadores!

Las amapolas recién estrenadas se fundían con el rojo colorín de los pañuelos. El cantar mozo de la ciudad saltaba por la campiña, enredándose en las flores nuevas, en el verde nuevo, en la nueva vida de la Naturaleza que todos los años se viste de gala.

La gran familia obrera gozaba su fiesta a pleno sol, a pleno campo, con un gesto helénico. Era como un ágora donde el afán se diluía en cantares.

Por un momento se olvidaba el calor, el sudor, los dolores de tantos días en hilera, la amargura del mal vivir...

¡Oh nuestro primero de mayo! De él se ha dicho mucho. Se hablaba del despilfarro, de las borracheras... ¡Imbéciles! Como si no supieran todos que el gasto de una familia en comer de «gala» aquel día era el de un minuto de cualquier hora del capitalista, y que la alegría del vino malo de un día no podía llegar a las borracheras de licor caro de aquella gente de orden que se preocupaba de los despilfarros que la clase obrera hacía.

Pero la familia obrera, que no podía manifestarse, podía, en cambio, soldar con fuerza su afán de emancipación, y un primero de mayo desfiló, magnífica de juventud, pujante, imbatible, levantando el puño tanto tiempo contenido, y fué su fiesta, toda de bullicio interior, prometedor de días claros de sol de pan, de auroras nuevas de luz de ideas.

Y como esto colmó la preocupación de la gente de orden, amasó un embrollo para acabar de una vez con esa libertad de la clase obrera.

Y henos aquí ante un primero de mayo completamente nuevo.

Este primero de mayo es más rojo, mucho más rojo que los otros. Le ha enrojecido la sangre de los muchos hombres que han dejado su vida prendida en las campiñas.

Aquellos niños que marchábamos de la mano del padre en la formación, hoy vamos solos, fusil en mano, con el afán en el alma y el alma en el fusil a vencer al enemigo, al que ayer nos veía desfilar con odio y hoy quiere mutilar nuestro organismo social para cortar nuestro afán justo.

Fiesta roja, de idea y de sangre. Evocación de aquella otra de idea y alegría.

En la Casa de Campo, en Puerta de Hierro, en El Pardo, los que ayer se tendían indolentes bajo el sol del mayo recién nacido, se tienden en las trincheras, apretado el fusil, templado en nervio, ávido el ojo de enemigo, y su fiesta es el ver al contrario caer convulso de rabia.

Fiesta obrera de pólvora y balas con cantar ronco de artillería. De ella ha de salir la luz nueva de un futuro sano, limpio, alegre de cantar de yunque. ¡Vamos a vivirle los que le sentimos! A vivirle sin gritos. Recogiéndonos en nosotros mismos para evocar a los que faltan en las filas porque cayeron en la lucha.

Pensemos. Pensar es vivir, vivir es crear. Tenemos que crear horas nuevas, distintas a éstas. A golpe de fusil. Vivamos nuestra fiesta roja con alegría, no con la alegría que brota al exterior hecha canción, sino con la alegría de sentir la idea honda y la esperanza emocionada de que el mañana es nuestro.

Bajo el tapiz de sol de mayo, frente a la sierra que nos recibió como guerreros, en la hora luminosa de primavera de año, vida e ideales, sintámonos también remozados en afares y anhelos y lancemos al viento limpio del campo nuestro grito interior que es silencioso, porque es pensamiento y es grito, porque nos llena el cerebro: ¡Adelante!

GARCÍA DIEZ

Unidad y disciplina

Nueve meses de guerra llevamos frente a la invasión extranjera. Nueve meses en los cuales se ha puesto de manifiesto el heroísmo y la capacidad organizadora de que es capaz el pueblo que se ve amenazado en lo más íntimo, en lo que más anhela: en sus libertades y en su independencia como nación libre por ingerencias extranjeras que tratan de conminarla.

Un solo deseo anima a todos los combatientes de nuestro Ejército: acabar con la invasión fascista y con los traidores a la Patria, para lanzarnos de lleno a la edificación de las nuevas formas de vida que han de regir nuestro país. Pero para conseguir esto es necesario que todos, absolutamente todos, los que están en el frente y los que están en la retaguardia, pongan el máximo de voluntad y de sacrificio—haciendo desaparecer aquellas pequeñas diferencias de carácter ideológico que pudieran separarnos—para la defensa de la causa común.

En el frente, esta unidad tan deseada podemos decir que ya es un hecho.

Quizás la causa sea el vivir la guerra con más intensidad, y que la misma proximidad del peligro une más y hace desaparecer discrepancias, reconociendo todos las buenas cualidades de cada uno sin fijarse en la filiación política.

A nadie se le ha obligado a abdicar de sus ideas ni a dejar de pertenecer a ningún partido; al contrario, la fortaleza de los partidos se robustece practicando una política honrada de unidad.

Pero esto que ha sido comprendido por todos los que luchan en los frentes, no lo ha sido en la misma medida en la retaguardia.

A través de algunos artículos de la Prensa y de hechos relatados en la misma se aprecia este error, y se saca la consecuencia de fortalecer esta unidad con la lealtad que las actuales circunstancias nos exigen.

Tenemos rigiendo los destinos del país un Gobierno que es la expresión de la voluntad y el deseo de todos los antifascistas, puesto que todos están representados en él.

Las órdenes de este Gobierno deben ser cumplidas y acatadas por todos. El sabotaje y la resistencia, ya sea pasiva ya sea violenta, no puede ser obra nada más que de elementos contrarrevolucionarios, y, por lo tanto, enemigos emboscados en nuestras propias organizaciones. Y la única forma de acabar con esto es obedeciendo al Gobierno y estrechando cada vez más nuestros lazos de unidad, pues así lo exigen los caídos en la lucha, la experiencia de nueve meses largos de guerra y el triunfo de nuestra causa.

¡Viva el Gobierno del Frente Popular!

¡Viva la unidad firme de todos los antifascistas!

CASTO MACÍAS

Comisario del Segundo Batallón

— CULTURA FISICA —

Ponemos en conocimiento de las distintas unidades de la Brigada que en breve se publicarán las bases y premios para el concurso atlético que se ha de celebrar para seleccionar el equipo que nos represente en la competición que se ha de celebrar entre las Brigadas de la División, por lo que les aconsejamos vayan seleccionando el personal que les haya de representar.

Permisos

Hoy tiene planteado nuestra Brigada un problema que, si a primera vista parece que no tiene importancia, estudiándolo con un poco más de detenimiento vemos que, efectivamente, el caso requiere un poco de atención para resolverlo favorablemente.

Son muchos los camaradas que llevan varios meses sin visitar sus hogares, sin abrazar a sus seres queridos y sin el descanso que produce el alejarse, aunque no sea más que por unas horas, de los frentes de batalla.

Ha cundido en algún batallón el descontento entre el personal, porque se ha considerado en inferiores circunstancias a los otros y ha prendido la mala semilla de la indisciplina, hábilmente lanzada de manera insidiosa por el agente provocador del fascismo infiltrado en nuestras líneas, y ha echado raíces en alguna parte porque los componentes de esa unidad son analfabetos por completo. Todos los extremismos han prendido siempre donde la ignorancia era mayor. Y así vemos que España se decía católica cuando en realidad era fanática, porque su incultura, hábilmente dirigida por los causantes de la misma, era aprovechada para sojuzgar sus conciencias, sometiéndolas al capricho de los poderosos, quienes impedían que la cultura se extendiera, deteniendo la marcha del progreso de la Nación, evitando que al instruirse los trabajadores pudieran distinguir cuáles eran sus derechos y sus obligaciones, y, sobre todo, encontrar el medio, una vez cumplidos éstos, de hacer valer aquéllos.

Nuestra primordial preocupación es la de hacer desaparecer el analfabetismo de nuestras filas, proporcionando al soldado los medios para instruirse y salir de las tinieblas en que hasta ahora se encontraba para que, aprovechando los muchísimos valores ignorados que existen entre la clase trabajadora, podamos reconstruir la nueva España, florida de ciencia y saber, granada de bellas artes y donde los hombres libres podamos vivir honrada y dignamente.

Pero para evitar esta obra del resurgimiento del pueblo español, trabaja en la sombra y en silencio con gran habilidad el agente enemigo.

Aprovecha la más mínima muestra de razón para verter insidiosamente unas gotas amargas de descontento que emponzoñan el alma y envenenan la moral del combatiente, dando lugar a que éste proteste constantemente, y luego se da el caso de que es poco menos que imposible distinguir al causante de la desmoralización, pues éste, una vez realizada su labor de verter la especie insidiosa o provocadora, permanece en silencio, callado, muy formal, para no dar lugar a que sospechen de él; únicamente se limita a procurar conseguir que esté latente la protesta y no se den por satisfechos nunca los soldados. Y tenemos el gravísimo inconveniente de que, merced a la incultura a que antes nos referíamos, inconscientemente le hacen el juego al enemigo muchos camaradas nuestros que no se han detenido a pensar serenamente en la trascendencia e importancia que este detalle tiene.

Todos los que en los primeros momentos de la criminal sublevación fascista nos pusimos incondicionalmente al lado del Gobierno legítimo de la República para luchar en defensa de la causa, lo hicimos de una

manera espontánea, para satisfacer nuestras ansias de independencia y libertad y para cumplir al mismo tiempo con nuestros deberes de patriotas y de hombres libres, sin temor alguno de dejar nuestra vida en la contienda. Era indudable que en la guerra muchos eran los que habían de caer y, sin embargo, a nadie se le ocurrió pensar en ello, sino en vencer al contrario a costa de lo que fuese.

Y cuando los que nos forjamos este propósito todavía conservamos las dos cosas más esenciales hoy en día, cuales son la vida y la dignidad, dice muy poco en nuestro favor de hombres conscientes y serenos que nos indisciplinemos y soliviantemos porque de una manera automática no se acceda a nuestros deseos, que a nosotros nos parecerán muy justos, muy legítimos, posiblemente, pero a los que tenemos que renunciar voluntariamente porque anteriormente ya hicimos renuncia expresa de ellos al venir a combatir.

Reflexionemos serenamente y reconozcamos que el sacrificio que se nos pide no es imposible hacerle; antes al contrario, es uno de los más sencillos. Si somos disciplinados, si presumimos de serlo y nos afanamos en demostrar de palabra que esto es verdad para ser sinceros con nosotros mismos, debemos demostrarlo prácticamente, acatando sin discusión las órdenes del mando y ejecutándolas sin vacilaciones ni titubeos perjudiciales para la buena marcha de la causa, y, sobre todo, despreciando las insidias, las insinuaciones del que se dice amigo y elevando la moral del compañero que flaquea para no hacer inocentemente el juego del enemigo.

Para lograr estas consignas y evitar sus males mayores, cuyas causas consisten la infinita mayoría de las veces en la inactividad bélica de los frentes, trabajemos incansablemente por combatir al enemigo con las armas más nobles, cuales son la cultura y el progreso, porque no sólo no dañan, sino que benefician al que las usa; y elevando nuestro conocimiento, superando nuestra capacidad y aumentando nuestra competencia técnica, habremos ganado la más hermosa de las batallas al enemigo y, sobre todo, habremos cumplido con nuestro deber de españoles y antifascistas.



Correspondencia

Los originales recibidos que no han sido publicados en el presente número lo serán en el próximo, pues por falta material de espacio no nos ha sido posible darles cabida. Lo que hacemos público para conocimiento de sus autores, a los que estimulamos para que perseveren en su obra de colaboración.

Los originales que han sido rechazados serán devueltos a sus autores, indicándoles las causas que nos han obligado a no aceptarlos y dándoles normas para que en lo sucesivo sus artículos se ajusten a las condiciones necesarias.

DISCIPLINA

Mucho se ha escrito y dicho respecto a la necesidad de una férrea disciplina en nuestros cuadros militares. Mucho también, como consecuencia, se ha conseguido en este aspecto. No obstante, creo de gran interés aclarar bien ciertos extremos, ya que no todos lo han comprendido en su exacto sentido.

Repitamos hasta la saciedad que nuestra disciplina no se puede basar, ni se basa, en un carácter despótico, pues entonces no sería disciplina; sería temor al castigo. Interpretada así, es evidente que, desaparecido el posible castigo, desaparece automáticamente la disciplina, puesto que es temor a aquél. Nosotros no podemos dejar de cometer una falta por temor al castigo, sino que hemos de hacerlo plenamente convencidos de que a nosotros mismos nos puede perjudicar, y por consiguiente a nuestra causa, ya que hoy nosotros encarnamos el sublime, bello y noble ideal de justicia social de libertad nacional y de paz mundial.

Señalaremos un ejemplo bien sencillo y concreto:

Una mujer se encontraba comiendo una naranja a la puerta de su casa; cuando iba a tirar las cáscaras a la calle, lo cual estaba prohibido, aparece un guardia, y ésta, por temor a ser denunciada, se guarda las cáscaras de momento; pero cuando desaparece el guardia, las tira a la calle y se retira muy tranquila a sus quehaceres; al momento sale para hacer unas compras y, casualmente, da con el pie con una de las cáscaras por ella echadas y, resbalando, cae al suelo, fracturándose una pierna y dislocándose un brazo.

Por lo tanto, debemos obedecer de una manera consciente y con todo respeto las órdenes que se nos den, ya que nuestra disciplina ha de nacer de la plena convicción íntima en todos y cada uno de nosotros de la competencia y responsabilidad de nuestros superiores.

Disciplina es sinónimo de norma, orden y organización perfecta; toda organización perfecta consigue con un minimum de sacrificio y desgaste todos los objetivos que persiguen.

Por consiguiente, si nuestro Ejército se eleva a la máxima perfección (férrea y consciente disciplina), conseguirá muy en breve el aplastamiento total del fascismo internacional, y con él la extirpación para siempre del predominio criminal del gran capitalista, despótico y cerril.

¡¡Respeto al mando!! ¡¡Consciente disciplina!! ¡¡Fe ciega en nuestro pronto y total triunfo!!

Estas han de ser nuestras consignas.

RAIMUNDO COTS
Comisario del Primer Batallón

Los grupos compactos son un excelente blanco. En medio de una lluvia de balas, guardad entre cada uno de vosotros una distancia de diez pasos. En la carretera no permanezcáis juntos, sino separados.

EL EJERCITO DEL PUEBLO SIEMPRE HA SIDO POPULAR

El Ejército fué siempre popular, porque se nutría de las clases populares. Era popular también, porque su fin era defender el territorio patrio. Era popular, porque luchaba para vengar las muertes de sus hermanos, soldados caídos en luchas anteriores. Era popularísimo, porque respondía a nuestro soldado innato, al guerrero que duerme dentro de cada español, que en los momentos necesarios sale a pelear como no lo sabe hacer nadie. Pero el Ejército anterior, a pesar de ser tan popular, no estaba destinado a defender los intereses populares, sino los de las castas privilegiadas, las oligarquías inadmisibles que a costa del sudor y de la sangre del trabajador pretendían los poderosos, y por lo mismo eran aborrecidos por los trabajadores. Y así en todas las épocas de la Historia patria vemos al soldado sacrificarse y perder su vida, sin beneficio alguno para él, por hacerlo exclusivo para sí el tirano que lo sometía a su poder, que le esclavizaba, que comerciaba con su sangre y su valor; el señor feudal que para aumentar sus dominios robaba, mataba, saqueaba; y en las épocas modernas o contemporáneas, el capitalista que para obtener más dividendos, para que fuesen más pingües sus ganancias, no dudaba en organizar una guerra donde los hombres se exterminasen mutuamente y se destruyesen ciudades y pueblos indefensos.

Poco a poco, y merced al benéfico influjo de unas doctrinas sociales, el trabajador se va agrupando con sus compañeros, con los explotados, y reconocen que su mal tiene dos causas: la primera, su aislamiento, su falta de unión, y, la segunda, su ignorancia. Y entonces decide regenerarse y conseguir sus justas y legítimas reivindicaciones, para lo cual empieza a realizar su obra de captación de adeptos, su propaganda política. Se organizan sindicatos que para arrancar a los patronos burgueses la más insignificante mejora es preciso plantearles la huelga, que consiste en la unión de los que se consideran explotados y que no ven otro procedimiento para hacer valer sus derechos que el de rebelarse contra su sordidez y avaricia.

Pero muchas de estas huelgas fracasan por su falta de unión, de compenetración, de solidaridad. Otras, porque la fuerza, el poder, está en manos de sus tiranos, de sus opresores, de sus verdugos y no se tienen los suficientes medios de defensa para resistir sus brutales y sanguinarias represiones.

Pero llega un momento en que la tiranía es tan irresistible, y los que la ejercen son tan incapaces y estultos, tan inmorales y cretinos, que ya la Nación no puede resistirlos, y el 13 de septiembre de 1923 se une el Ejército unánimemente al sentir y obrar del pueblo y en un acto magnífico arroja al caciquismo opresor que ahogaba la vida de la Nación. Y una vez más es derrotado el Pueblo por la fuerza, permaneciendo sometido, pero no vencido, durante siete años, al cabo de los cuales nuevamente el Ejército, respondiendo a su latir popular, se rebela en Jaca en un gesto grandioso, sublime, histórico, pagando con su vida los forjadores de la nueva España, los inolvidables y nunca bastante llorados héroes de la libertad Galán y García Hernández. Pero su esfuerzo y su sacrificio no fueron estériles.

Meses más tarde, en un glorioso 14 de abril de 1931, fué proclamada la más hermosa de las Repúblicas.

Las oligarquías formadas por el capitalismo, el clero y el militarismo de casta hacen de su deber un comercio, y así vemos que los señoritos buscan en el Ejército el medio de defender sus intereses, apoyado por el clero, que también comercia con su religión, haciendo de su sagrado sacerdocio una carrera y un porvenir a costa de los humildes. Y esta trilogía intenta el 10 de agosto de 1932 un golpe de mano, un alzamiento militar, engañando para ello a los infelices soldados de la Remonta, que inmediatamente es sofocado por el Pueblo y el Ejército, que continuaban unidos.

Pero los enemigos de la clase trabajadora no descansan hasta lograr en noviembre de 1933—conseguido su propósito de distanciar los partidos obreros entre sí y éstos con el Ejército—una victoria que les permitiera gozar del poder para emplear la fuerza contra la razón, y así en octubre del 34 las turbas moras y los mercenarios del Tercio Extranjero fueron los encargados de asesinar a los trabajadores honrados, especialmente a los asturianos, porque los tiranos temían que de haber obligado al Ejército a realizarlo no sólo se hubiera negado, sino que hubiera vuelto armas contra ellos.

Y cuando el 16 de febrero del año último el pueblo español declaró públicamente en

Seamos limpios y ordenados

Camaradas combatientes: Como ya se ha repetido mucho que no sólo en los parapetos se lucha contra el fascismo, sino también fuera de ellos y por muchos procedimientos, es preciso que algunos de vosotros no olvidéis obligaciones tan importantes como las que aquí se indican, pues repercuten en la marcha general de la guerra de una manera sensible.

Cuando venimos de los frentes a descansar no creáis que ya hemos cumplido del todo con nuestra obligación de combatientes. Tenemos otros deberes, como es limpiar cuidadosamente los objetos de uso personal, que también en el frente ha de hacerse; reparar nuestras armas, asearnos de pies a cabeza en las duchas y baños que al efecto hay montados en ciertos lugares de la retaguardia. Arreglar y limpiar el calzado, los correajes, cartucheras, etc. Estos cuidados, además de producir una economía que a todos interesa, nos proporcionarán un bienestar personal que agradeceremos después de las penalidades del frente. Debemos procurar no desechar la ropa ni el calzado sin antes procurar arreglarlos, pues así evitaremos gastos innecesarios que en estas circunstancias repercuten en beneficio de todos. También es importantísimo cuidar de las municiones, que no se pierda ni un cartucho.

Un soldado del Ejército popular ha de ser limpio, cuidadoso de sus prendas, ordenado. Todo esto se consigue con poco que pongamos de nuestra parte, con un mínimo de voluntad. Así demostraremos ser conscientes de lo que representamos en el nuevo mundo que estamos forjando, que es el progreso y la cultura.

EMETERIO VESPERINAS

las urnas su expresa voluntad de gobernarse por sí mismo, tuvo a su lado al Ejército. Y cuando, por último, la trilogía a que antes aludíamos quiso ahogar en sangre las libertades del Pueblo, tan dura y merecidamente conseguidas, levantándose en armas contra el Poder legítimamente constituido, como viera que la mayor parte del Ejército, la más capaz, la más sana, la más honrada, la más valiente, la más eficaz se ponía incondicionalmente al lado del Pueblo, a cual se debía, no tuvo más remedio que echar mano nuevamente de las mesnadas del Tercio Extranjero y de las tropas marroquíes, cedidas por la ambición del jalifa, al que cegó su codicia, alimentada por el dinero fascista de los capitalistas sin patria.

Pero llegó un momento en que los españoles leales, los españoles honrados que organizaron sin orientación precisa, debida a la premura de tiempo, unas admirables milicias nietas de aquellas que hicieron la vida imposible en España cien años antes al invasor extranjero, exterminaron totalmente al enemigo traído del Protectorado de Marruecos por el pirata mallorquín, y entonces los llamados «nacionales» no titubearon para demostrar su patriotismo en negociar con potencias extranjeras la ignominiosa venta de nuestro territorio nacional, a cambio de su ayuda en material bélico y hombres, acudiendo a los verdaderos españoles—para ocultar su deshonor—de que comercian con Moscú nuestra independencia nacional.

Y ante semejante trance, y cuando las mesnadas de las legiones extranjeras, merced a su perfecta organización militar y abundancia de material destructor, llegaron a las puertas de nuestro invicto Madrid, fué indispensable la constitución de nuestro actual Ejército popular, corrigiendo con ello los defectos y errores en que habíamos incurrido. No fué preciso para lograrlo más que hacer un llamamiento a la comprensión y al patriotismo de los trabajadores, al cual respondieron todos unánimemente, y así, en breve tiempo, se consiguió lo que nunca se había logrado hasta entonces: que el Ejército formado por el Pueblo no defendiera más que los intereses del Pueblo y respondiese plenamente y por primera vez y para siempre al fin para que fué creado.

A todos nosotros nos corresponde que esto sea una realidad práctica, y que si primero en Madrid, después en Tajuña, luego en la Alcarria, más tarde en Oviedo y, por último, en el Sur hemos sabido no sólo contener la invasión extranjera, sino infligir las más vergonzosas derrotas a las potencias fascistas que usurpan nuestro suelo, sabremos en plazo muy breve y quizá no muy lejano, cual hijos amantes de la honra de su madre y de la suya propia, arrojar para siempre del territorio de nuestra querida República al odioso extranjero y castigar su osadía.

Y, por último, como demostración final de que el Ejército está al lado del Pueblo son las continuas presentaciones en nuestras líneas de soldados evadidos del campo enemigo que desertan del mismo, en ocasiones en masa, para luchar al lado de sus hermanos por la independencia nacional de todos los españoles y la libertad y el triunfo del proletariado mundial.

Tip. Comercial.—Jesús del Valle, 6.—Tel. 18848